



<http://www.librosenred.com>

Novela Policial

El Club de los Martes

Agatha Christie

INDICE

EL CLUB DE LOS MARTES

LINGOTES DE ORO

LA CASA DEL ÍDOLO DE ASTARTÉ

MANCHAS DE SANGRE EN EL SUELO

MÓVIL VERSUS OPORTUNIDAD



EL CLUB DE LOS MARTES

Estos relatos son contados por los miembros del Club de los Martes que se reúnen cada semana. En estas reuniones, cada uno de los miembros, por turno, expone a los demás un problema o misterio que conozca personalmente y del que, desde luego, sepa la solución.

El grupo esta formado por seis personas:

Miss Marple, mujer ya mayor pero especialista en resolver todo tipo de misterios.

Raymond West, sobrino de Miss Marple y escritor.

Sir Henry Clithering, hombre de mundo y comisionado de Scotland Yard.

Doctor Pender, anciano clérigo de parroquia

Mr. Petherick, notable abogado

Joyce Lemprière, joven artista

LINGOTES DE ORO

—No sé si la historia que voy a contarles es aceptable —dijo Raymond West—, porque no puedo brindarles la solución. No obstante, los hechos fueron tan interesantes y tan curiosos que me gustaría proponerla como problema y, tal vez entre todos, podamos llegar a alguna conclusión lógica. »Ocurrió hace dos años, cuando fui a pasar la Pascua de Pentecostés a Cornualles con un hombre llamado John Newman.

—¿Cornualles? —preguntó Joyce Lemprire con viveza.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada, sólo que es curioso. Mi historia también ocurrió en cierto lugar de Cornualles, en un pueblecito pesquero llamado Rathole. No iré usted a decirme que el suyo es el mismo.

—No, el mío se llama Polperran y está situado en la costa oeste de Cornualles, un lugar agreste y rocoso. A Newman me lo habían presentado pocas semanas antes y me pareció un compañero interesante. Era un hombre de aguda inteligencia y posición acomodada, poseído de una romántica imaginación. Como resultado de su última afición, había alquilado Pol House. Era una autoridad en la época isabelina y me describió con lenguaje vivo y gráfico la ruta de la Armada Invencible. Lo hizo con tal entusiasmo, que uno hubiera dicho que fue testigo presencial de la escena. ¿Existe algo de cierto en la reencarnación? Quisiera saberlo. Me lo he preguntado tantas veces...

—Eres tan romántico, querido Raymond -dijo miss Marple mirándole con benevolencia.

—Romántico es lo último que soy —respondió su sobrino ligeramente molesto. Pero ese individuo, Newman, me interesaba por esa razón, como una reliquia curiosa del pasado. Parece ser que cierto barco perteneciente a la Armada y que contenía un enorme tesoro en oro procedente de la parte oriental del mar Caribe, había naufragado en la costa de Cornualles, en las famosas y temibles Rocas de la Serpiente. Newman me contó que a lo largo de los años se habían hecho intentos de rescatar el barco y recuperar el tesoro. Creo que estas historias son muy corrientes, aunque el número de barcos con tesoros mitológicos es mucho mayor que el de los verdaderos. Formaron una compañía, pero quebraron, y Newman pudo comprar los derechos de aquella cosa, o como quieran llamarle, por cuatro cuartos. Se mostraba entusiasmado. Según él, sólo era cuestión de utilizar la maquinaria más moderna. El oro estaba allí, no le cabía la menor duda de que podría ser recuperado. »Mientras le escuchaba, se me ocurrió pensar en la frecuencia con que ocurren cosas como ésta. Un hombre rico como Newman logra el éxito casi sin esfuerzo y, no obstante, es probable que el valor de su hallazgo en dinero no signifique nada para él. Debo confesar que me contagié de su entusiasmo. Veía galeones surcando las aguas de la costa, desafiando la tormenta, y abatidos y destrozados contra

las negras rocas. La palabra «galeón» me resultaba romántica. La frase el «oro español» emociona a los escolares, y también a los hombres hechos y derechos. Además, yo estaba trabajando por aquel entonces en una novela, algunas de cuyas escenas transcurrían en el siglo XVI, y vi la oportunidad de poder darle un valioso colorido local gracias a Newman.

»Salí de la estación de Paddington el viernes por la mañana, ilusionado ante la perspectiva de mi viaje. El compartimiento del tren estaba vacío, con la sola excepción de un hombre sentado ante mí en el rincón opuesto. Era alto, con aspecto de militar, y no pude evitar la sensación de que lo había visto antes en alguna otra parte. Me estuve devanando los sesos en vano durante algún tiempo y al fin di con ello. Mi compañero de viaje no era otro que el inspector Badgworth, a quien yo conociera cuando escribí una serie de artículos sobre el caso de la misteriosa desaparición de Everson.

»Me di a conocer y no tardamos en charlar amigablemente. Cuando le dije que me dirigía a Polperran comentó que era una coincidencia singular ya que él también iba a aquel lugar. No quise parecer indiscreto y me guardé de preguntarle qué era lo que le llevaba allí. En vez de eso, le hablé de mi propio interés por el lugar, mencionando el naufragio del galeón español. Para mi sorpresa, el inspector parecía saberlo todo al respecto.

»—Seguro que es el Juan Fernández —me dijo—. Su amigo no será el primero que ha dilapidado todo su dinero tratando de sacar el oro a flote. Es un capricho romántico.

»—Y probablemente toda la historia es un mito —repliqué yo—. Nunca habrá naufragado un barco en este lugar.

»—Oh, el hundimiento del barco sí es cosa cierta —me dijo el inspector—, así como el de muchos otros. Le sorprendería a usted conocer el número de naufragios que hubo en esa parte de la costa. A decir verdad, ése es el motivo que me lleva allí ahora. Ahí es donde hace seis meses se hundió el Otranto.

»—Recuerdo haberlo leído —contesté—. Creo que no hubo desgracias personales.

»—No —contestó el inspector—, pero se perdió otra cosa. No es del dominio público, pero llevaba a bordo lingotes de oro.

»—¿Sí? —pregunté muy interesado.

»—Naturalmente utilizamos buzos para los trabajos de salvamento, pero el oro había desaparecido, Mr. West.

»—¿Desaparecido! —exclamé mirándole asombrado—. ¿Cómo es posible?

»—Ese es el problema —replicó el inspector—. Las rocas abrieron un boquete en la cámara acorazada y los buzos pudieron penetrar fácilmente en ella por ese camino, pero la encontraron vacía. La cuestión es, ¿fue robado el oro antes o después del naufragio? ¿Estuvo alguna vez siquiera en la cámara acorazada?

»—Un caso muy curioso -comenté.

»—Loes, considerando lo que representan los lingotes de oro. No es como un collar de brillantes, que puede llevarse en el bolsillo. Bueno, parece del todo imposible. Debieron de hacer alguna triquiñuela antes de que partiera el barco. Pero, de no ser así, el oro ha tenido que desaparecer en los últimos seis meses, y yo voy a investigar el asunto.

»Encontré a Newman esperándome en la estación. Se disculpó por no traer su automóvil, que se encontraba en Truro a causa de ciertas reparaciones necesarias. En su lugar había traído una camioneta de la finca.

»Tomé asiento a su lado y avanzamos con prudencia por las estrechas callejuelas del pueblecito pesquero, subimos por una pendiente muy pronunciada, yo diría que de un veinte por ciento, recorrimos una corta distancia por un camino zigzagueante y finalmente enfilamos los pilares de granito de la entrada de Pol House.

»Era un lugar encantador, situado sobre los acantilados, con una estupenda vista sobre el mar. Algunas partes tenían unos trescientos o cuatrocientos años de antigüedad, pero se le había añadido un ala moderna. Detrás de ella se extendían unos siete u ocho acres de terreno de cultivo.

»—Bienvenido a Pol House —dijo Newman—. Y a la enseña del Galeón Dorado —y señaló hacia la puerta principal, de donde pendía una reproducción perfecta de un galeón español con todas sus velas desplegadas.

»Mi primera noche allí fue deliciosa e instructiva. Mi anfitrión me mostró viejos manuscritos que hacían referencia al Juan Fernández. Desplegó cartas de navegación ante mí, indicándome posiciones marcadas con líneas de puntos, y me enseñó planos de aparatos de inmersión, los cuales, debo confesar, me satisficieron por completo.

»Le hablé del encuentro con el inspector Badgworth, cosa que le interesó sobremanera.

»—Hay gentes muy extrañas por esta costa -dijo en tono pensativo-. Llevan en la sangre el contrabando y la destrucción. Cuando un barco se hunde en sus costas no pueden evitar considerarlo un pillaje legal para sus bolsillos. Hay aquí un individuo al que me gustaría que conociera. Es un tipo interesante.

»El día siguiente amaneció claro y radiante. Fuimos a Polperran y allí me fue presentado el buzo de Newman, un hombre llamado Higgins. Era un individuo de rostro curtido, extremadamente taciturno y cuyas intervenciones en la conversación se reducían a monosílabos. Después de discutir entre ellos sobre asuntos técnicos, nos dirigimos a Las Tres Ancoras. Una jarra de cerveza contribuyó un poco a desatar la lengua de aquel individuo.

»—Ha venido un detective de Londres —gruñó—. Dicen que ese barco que se hundió en noviembre pasado llevaba a bordo gran cantidad de oro. Bueno, no fue el primero en zozobrar y tampoco será el último.

»—Cierto, cierto —intervino el posadero de Las Tres Áncoras—. Has dicho una gran verdad, Bill Higgins.

»—Vaya silo es, Mr. Kelvin —replicó Higgins.

»Miré con cierta curiosidad al posadero. Era un hombre muy peculiar, moreno, de rostro bronceado y anchas espaldas. Sus ojos parecían inyectados en sangre y tenían un modo muy extraño de evitar la mirada de los demás. Sospeché que aquél era el hombre de que me hablara Newman, al que calificó de sujeto interesante.

»—No queremos extranjeros entrometidos en estas costas -dijo con tono siniestro.

»—¿Se refiere a la policía? —preguntó Newman con una sonrisa.

»—A la policía y a otros —replicó Kelvin significativamente—. Y no lo olvide usted, señor.

»—¿Sabe usted, Newman, que me ha sonado como una amenaza? —le dije cuando subíamos la colina para dirigirnos a casa.

»Mi amigo se echó a reír.

«—Tonterías, yo no le hago ningún daño a la gente de aquí.

»Yo moví la cabeza pensativo. En Kelvin había algo siniestro y salvaje, y comprendí que su mente podía discurrir por sendas extrañas e insospechadas.

»Creo que mi inquietud comenzó a partir de aquel momento. La primera noche había dormido bastante bien, pero la siguiente mi sueño fue intranquilo y entrecortado. El domingo amaneció gris y triste, con el cielo encapotado y la amenaza de los truenos estremeciendo el aire. Me fue difícil disimular mi estado de ánimo y Newman observó el cambio operado en mí.

»—¿Qué le ocurre West? Esta mañana está hecho un manojito de nervios.

»—No lo sé —dije—, pero tengo un horrible presentimiento.

»—Es el tiempo.

»—Sí, es posible.

»No dije más. Por la tarde salimos en la lancha motora de Newman, pero se puso a llover con tal fuerza que tuvimos que regresar a la playa y ponernos inmediatamente ropa seca.

»Aquella noche creció mi ansiedad. En el exterior la tormenta aullaba y rugía. A eso de las diez la tempestad se calmó y Newman miró por la ventana.

»—Está aclarando —anunció—. No me extrañaría que dentro de media hora hiciera una noche magnífica. Si es así, saldré a dar un paseo.

»Yo bostecé.

»—Tengo mucho sueño —dije—. Anoche no dormí mucho y me parece que me acostaré temprano.

»Así lo hice. La noche anterior había dormido muy poco y, en cambio, aquella tuve un sueño profundo. No obstante, mi sopor no me proporcionó descanso. Seguía oprimiéndome el terrible presentimiento de un cercano peligro: soñé cosas horribles, espantosos abismos y enormes precipicios entre los cuales me hallaba vagando, sabiendo que el menor tropiezo de uno de mis pies hubiera significado la muerte. Cuando desperté, mi reloj señalaba las ocho. Me dolía mucho la cabeza y seguía bajo la opresión de mis pesadillas.

»Tan fuerte era ésta que, cuando me acerqué a mirar por la ventana, retrocedí con un nuevo sentimiento de terror, pues lo primero que vi, o creí ver, fue la figura de un hombre cavando una tumba.

»Tardé un par de minutos en rehacerme y entonces comprendí que el sepulturero no era otro que el jardinero de Newman y que «*la tumba*» estaba destinada a tres nuevos rosales que estaban sobre el césped esperando a ser plantados.

»El jardinero alzó la cabeza y al verme se llevó la mano al sombrero.

»—Buenos días señor, hermosa mañana.

»—Supongo que lo es, sí —repliqué dubitativo sin poder sacudir por completo mi pesimismo.

»Sin embargo, como había dicho el jardinero, la mañana era espléndida. El sol brillaba en un cielo azul pálido que prometía un tiempo magnífico para todo el día. Bajé a desayunar silbando una tonadilla. Newman no tenía ninguna doncella en la casa, solo un par de hermanas de mediana edad, que vivían en una granja cercana, acudían diariamente para atender a sus sencillas necesidades. Una de ellas estaba colocando la cafetera sobre la mesa cuando yo entré en la habitación.

»—Buenos días, Elizabeth —dije—. ¿No ha bajado todavía Mr. Newman?

»—Debe de haber salido muy temprano, señor —me contestó—, pues no estaba en la casa cuando llegamos.

»Al instante sentí renacer mi inquietud. Las dos mañanas anteriores Newman había bajado a desayunar un poco tarde y en ningún momento supuse que fuese madrugador. Impulsado por mis presentimientos, subí a su habitación. La encontré vacía y, además, sin señales de que hubiera dormido en su cama. Tras un breve examen de su dormitorio, descubrí otras dos cosas. Si Newman salió a pasear debió de hacerlo en pijama, puesto que éste había desaparecido.

»Entonces tuve el convencimiento de que mis temores eran justificados. Newman había salido, como dijo que haría, a dar un paseo nocturno y, por alguna razón desconocida, no había regresado. ¿Por qué? ¿Habría tenido un accidente? ¿Se habría caído por el acantilado? Debíamos averiguarlo en seguida.

»En pocas horas ya había reclutado a un gran número de ayudantes y juntos lo buscamos en todas direcciones, por los acantilados y en las rocas de abajo, pero no había rastro de Newman.

»Al fin, desesperado, fui a buscar al inspector Badgworth. Su rostro adquirió una expresión grave.

»—Tengo la impresión de que ha sido víctima de una mala jugada —dijo—. Hay gente muy poco escrupulosa por esta zona. ¿Ha visto usted a Kelvin, el posadero de Las Tres Ancoras?

»Le contesté afirmativamente.

»—¿Sabía usted que estuvo cuatro años en la cárcel por asalto y agresión?

»—No me sorprende —repliqué.

»—La opinión general de los habitantes de este pueblo parece ser que su amigo se entromete demasiado en cosas que no le conciernen. Espero que no haya sufrido ningún daño.

»Continuamos la búsqueda con redoblado ánimo y hasta última hora de la tarde no vimos recompensados nuestros esfuerzos. Descubrimos a Newman en su propia finca, dentro de una profunda zanja, con los pies y las manos fuertemente atados con cuerdas y un pañuelo en la boca, a modo de mordaza, para evitar que gritase.

»Estaba terriblemente exhausto y dolorido, pero después de unas fricciones en las muñecas y en los tobillos y un buen trago de whisky, pudo referirnos lo que le había ocurrido. «Cuando aclaró el tiempo, salió a dar un paseo, a eso de las once. Llegó hasta cierto lugar de los acantilados conocidos vulgarmente como la Ensenada de los Contrabandistas debido al gran número de cuevas que hay allí. Allí observó que unos hombres sacaban algo de un pequeño bote y bajó para ver de qué se trataba. Fuera lo que fuera, parecía ser algo muy pesado y lo trasladaban a una de las cuevas más lejanas.

»Sin imaginar que se tratase en realidad de algo ilegal, Newman lo encontró extraño. Se acercó un poco más sin ser visto, mas de pronto se oyó un grito de alarma e inmediatamente dos fornidos marineros cayeron sobre él y le dejaron inconsciente. Cuando volvió en sí, se encontró tendido en un vehículo que iba a toda velocidad y que subía, dando tumbos y saltando sobre los baches, por lo que pudo deducir, por el camino que conduce de la costa al pueblo. Ante su sorpresa el camión penetró por la entrada de su propia casa. Allí, tras sostener una conversación en voz baja, los hombres lo sacaron para arrojarlo a la zanja en el lugar en que su profundidad haría más improbable que fuera hallado por algún tiempo. Después, el camión se puso en marcha y le pareció que salía por la otra entrada, situada una milla más cerca del pueblo. No pudo darnos descripción alguna de los asaltantes, excepto que desde luego eran hombres de mar y, por su acento, cornualleses.

»El inspector Badgworth pareció muy interesado por el relato.

»—Apuesto a que es ahí donde ha sido escondido el oro —exclamó—. De un modo u otro debió ser salvado del naufragio y almacenado en alguna cueva solitaria, en alguna otra parte. Hemos registrado todas las cuevas de la Ensenada de los Contrabandistas y, como que ahora nos dedicamos a buscarlo más hacia

el interior, lo han trasladado de noche a una cueva que ya ha sido registrada y que, por consiguiente, no es probable que volvamos a mirar. Por desgracia han tenido por lo menos dieciocho horas para llevárselo de nuevo. Si capturaron a Mr. Newman ayer noche, dudo que encontremos nada allí a estas horas. »El inspector se apresuró a efectuar un registro en la cueva y encontró pruebas definitivas de que el oro había sido almacenado allí como supuso, pero los lingotes habían sido trasladados una vez más y no existía la menor pista de cuál era el nuevo escondrijo.

»No obstante, sí había una pista y el propio inspector me la señaló al día siguiente.

»—Este camino lo utilizan muy poco los automóviles —dijo- y en uno o dos lugares se ven claramente huellas de neumáticos. A uno de ellos le falta una pieza triangular y deja una huella inconfundible. Eso demuestra que entraron por esta entrada y aquí hay una clara huella que indica que salieron por la otra, de modo que no cabe duda de que se trata del vehículo que andamos buscando. Ahora bien, ¿por qué salieron por la entrada más lejana? A mí me parece clarísimo que el camión vino del pueblo. No hay muchas personas que tengan uno: dos o tres a lo sumo. Kelvin, el posadero de Las Tres Áncoras, tiene uno.

»—¿Cuál era la profesión original de Kelvin? —preguntó Newman.

»—Es curioso que me pregunte usted eso, Mr. Newman. En su juventud Kelvin fue buzo profesional.

»Newman y yo nos miramos significativamente. Las piezas del rompecabezas parecían empezar a encajar.

»—¿No reconoció a Kelvin en uno de los hombres de la playa? —preguntó el inspector.

»Newman negó con la cabeza.

»—Temo no poder ayudarle en eso -dijo pesaroso. La verdad es que no tuve tiempo de ver nada.

»El inspector, muy amablemente, me permitió acompañarlo a Las Tres Ancoras. El garaje se hallaba en una calle lateral. Sus grandes puertas estaban cerradas, pero al subir por la callejuela lateral encontrarnos una pequeña puerta que daba acceso al interior del mismo y que estaba abierta. Un breve examen de los neumáticos fue suficiente para el inspector.

»—Lo hemos pillado, diantre —exclamó—. Aquí está la marca, tan clara como el día, en la rueda posterior izquierda. Ahora, Mr. Kelvin, veremos de qué le sirve su inteligencia para salir de ésta. Raymond West hizo un alto en su relato.

—Bueno -dijo la joven Joyce—. Hasta ahora no veo dónde está el problema, a menos que nunca encontrasen el oro.

—Nunca lo encontraron, desde luego —repitió Raymond—, y tampoco pudieron acusar a Kelvin. Supongo que era demasiado listo para ellos, pero no veo cómo se

las arregló. Fue detenido por la prueba del neumático, pero surgió una dificultad extraordinaria. Al otro lado de las grandes puertas del garaje había una casita que en verano alquilaba una artista.

—¿Oh, esas artistas! -exclamó Joyce riendo.

—Como tú dices: ¡oh, esas artistas! Ésta en particular había estado enferma algunas semanas y por este motivo tenía dos enfermeras que la atendían. La que estaba de guardia aquella noche acercó su butaca a la ventana, que tenía la persiana levantada, y declaró que el camión no pudo haber salido del garaje de enfrente sin que ella lo viera y juró que nadie salió de allí aquella noche.

—No creo que esto deba considerarse un problema —comentó Joyce—. Es casi seguro que la enfermera se quedó dormida, siempre se duermen.

—Es lo que siempre ocurre -dijo Mr. Petherick juiciosamente—. Pero me parece que aceptamos los hechos sin examinarlos lo suficiente. Antes de aceptar el testimonio de la enfermera debiéramos investigar de cerca su buena fe. Una coartada que surge con tal sospechosa prontitud despierta dudas en la mente de cualquiera.

—También tenemos la declaración de la artista -dijo Raymond—. Dijo que se encontraba muy mal y pasó despierta la mayor parte de la noche, de modo que hubiera oído sin duda alguna el camión, puesto que era un ruido inusitado y la noche había quedado muy apacible después de la tormenta.

—¿Hum...! —dijo el clérigo—. Eso desde luego es un factor adicional. ¿Tenía alguna coartada el propio Kelvin?

—Declaró que estuvo en su casa durmiendo desde las diez en adelante, pero no pudo presentar ningún testigo que apoyara su declaración.

—La enfermera debió quedarse dormida lo mismo que su paciente —dijo la joven—. La gente enferma siempre se imagina que no ha pegado ojo en toda la noche. Raymond West lanzó una mirada interrogativa al doctor Pender.

—Me da lástima ese Kelvin. Me parece que es víctima de aquello de «Por un perro que maté...». Kelvin había estado en la cárcel. Aparte de la huella del neumático, que es desde luego algo demasiado evidente para ser mera coincidencia, no parece haber mucho en contra suya, excepto sus desgraciados antecedentes.

—¿Y usted, sir Henry?

El aludido movió la cabeza.

—Da la casualidad —replicó sonriendo- que conozco este caso, de modo que evidentemente no debo hablar.

—Bien, adelante, tía Jane. ¿No tienes nada que decir?

—Espera un momento, querido —respondió miss Marple—. Me temo que he contado mal. Dos puntos del revés, tres del derecho, saltar uno, dos del revés... sí, está bien. ¿Qué me decías, querido?

—¿Cuál es tu opinión?

—No te gustaría, querido. He observado que a los jóvenes nunca les gusta. Es mejor no decir nada.

—Tonterías, tía Jane. Adelante.

—Pues bien, querido Raymond -dijo miss Marple dejando la labor para mirar a su sobrino- creo que deberías tener más cuidado al escoger a tus amistades. Eres tan crédulo, querido, y te dejas engañar tan fácilmente. Supongo que eso se debe a que eres escritor y tienes mucha imaginación. ¡Toda esa historia del galeón español! Si fueras mayor y tuvieses mi experiencia de la vida te habrías puesto en guardia en seguida. ¡Además, un hombre al que conocías sólo desde hacía unas semanas! Sir Henry lanzó un torrente de carcajadas al tiempo que golpeaba su rodilla.

—Esta vez te han pillado, Raymond —dijo—. Miss Marple, es usted maravillosa. Tu amigo Newman, muchacho, tenía otro nombre, es decir, varios más. En estos momentos no está en Cornualles, sino en Devonshire. En Dartmoor, para ser exacto y en calidad de convicto en la prisión de Princetown. No pudimos cogerlo por el asunto del oro robado, pero sí por robar la cámara acorazada de uno de los bancos de Londres. Cuando revisamos sus antecedentes supimos que buena parte del oro robado fue enterrado en el jardín de Pol House. Fue una idea bastante buena. Por toda la costa de Cornualles se cuentan historias de barcos hundidos llenos de oro. Serviría para justificar el buzo y para justificar el oro. Pero se necesitaba una víctima propiciatoria y Kelvin era la ideal. Newman representó su pequeña comedia muy bien y nuestro amigo Raymond, una celebridad como escritor, hizo de testigo impecable.

—Pero ¿y la huella del neumático? —objetó Joyce.

—Oh, yo lo vi en seguida, querida, y no sé nada de automóviles —dijo miss Marple—. Ya sabes que la gente cambia las ruedas, a menudo lo he visto hacer y, claro, pudieron coger la rueda de la camioneta de Kelvin y sacarla por la puerta pequeña del garaje y salir con ella al callejón. Allí la colocarían en la camioneta de Mr. Newman y bajarían hasta la playa, cargarían el oro y volverían a entrar por la otra entrada al pueblo. Luego volvieron a colocar la rueda en la camioneta de Mr. Kelvin, me imagino, mientras alguien maniataba a Mr. Newton y lo arrojaba a la zanja. Estuvo muy incómodo y probablemente tardaron en encontrarlo más de lo que habían calculado. Imagino que el individuo que se llamaba a sí mismo jardinero debía ocuparse de eso.

—¿Por qué dices que se llamaba a sí mismo jardinero, tía Jane? —preguntó Raymond con extrañeza.

—Pues porque no podía ser un jardinero auténtico —dijo miss Marple—. Los jardineros no trabajan durante el lunes de la Pascua de Pentecostés, todo el mundo lo sabe.

Sonrió sin apartar los ojos de su labor.

—En realidad fue ese pequeño detalle lo que me puso sobre la verdadera pista -dijo.

Luego miró a Raymond.

—Cuando tengas tu propia casa, querido, y un jardinero que cuide de tu jardín, conocerás estos pequeños detalles.

LA CASA DEL ÍDOLO DE ASTARTÉ

—Y ahora doctor Pender, ¿qué va usted a contarnos?

El anciano clérigo sonrió amablemente.

—Mi vida ha transcurrido en lugares tranquilos—dijo—. He sido testigo de muy pocos acontecimientos memorables. No obstante, en cierta ocasión, cuando era joven, tuve una extraña y trágica experiencia.

—¡Ah! —exclamó Joyce Lemprière en tono alentador.

—Nunca la he olvidado —continuó el clérigo—. Entonces me causó una profunda impresión, e incluso ahora, con un ligero esfuerzo de mi memoria, puedo sentir de nuevo todo el horror y la angustia de aquel terrible momento en que vi caer muerto a un hombre al parecer sin causa aparente.

—Ha conseguido ponerme la piel de gallina, Pender—se lamentó sir Henry.

—A mí sí que se me puso la piel de gallina, como usted dice —replicó el otro—. Desde entonces nunca he vuelto a reírme de las personas que emplean la palabra «*atmósfera*». Existe. Hay ciertos lugares saturados de buenos o malos influjos que hacen sentir sus efectos.

—Esa casa, The Larches, es uno de esos lugares infortunados —señaló miss Marple—. El viejo Mr. Smither perdió todo su dinero y tuvo que abandonarla. Luego la alquilaron los Carlslake y Johnny se cayó por la escalera y se rompió una pierna, y Mrs. Carlslake se vio obligada a marcharse al sur de Francia para reponerse. Ahora la tienen los Burden y he oído decir que el pobre Mr Burden tendrá que ser operado de urgencia.

—Hay mucha superstición en lo que toca a todos estos temas —dijo Mr. Petherick—. Y por culpa de muchos de los estúpidos rumores que corren se ocasionan innumerables daños a estas fincas.

—Yo he conocido un par de fantasmas que tenían una robusta personalidad —comentó sir Henry con una risita.

—Creo —dijo Raymond— que deberíamos dejar que el doctor Pender continuara su historia.

Joyce se puso en pie para apagar las dos lámparas, dejando la habitación iluminada solamente por el resplandor de las llamas.

—Atmósfera —explicó—. Ahora podemos continuar.

El doctor Pender le dirigió una sonrisa y, tras acomodarse en su butaca y quitarse las gafas, comenzó su relato con voz suave y evocadora.

—Ignoro si alguno de ustedes conocerá Dartmoor. El lugar de que les hablo se halla situado cerca de los límites de Dartmoor. Era una preciosa finca, aunque estuvo varios años en venta sin encontrar comprador. Tal vez resulta algo apartada en invierno, pero la vista es magnífica y la casa misma posee características ciertamente curiosas y originales. Fue adquirida por un hombre llamado Haydon, sir Richard Haydon. Yo lo había conocido en la universidad y, aunque le perdí de vista durante algunos años, seguíamos manteniendo lazos de amistad y acepté con agrado su invitación de ir al Bosque Silencioso, como se llamaba su nueva propiedad.

»La reunión no era muy numerosa. Estaba el propio Richard Haydon, su primo Elliot Haydon y una tal lady Mannering con su hija, una joven pálida e inconspicua, llamada Violeta. El capitán Rogers con su esposa, buenos jinetes, personas curtidas que sólo vivían para los caballos y la caza. En la casa estaba también el joven doctor Symonds y miss Diana Ashley. Yo había oído algo sobre esta última. Su fotografía aparecía a menudo en las revistas de sociedad y era una de las bellezas destacadas de la temporada. Desde luego era realmente atractiva. Morena, alta, con un hermoso cutis de tono crema pálido y unos ojos oscuros y rasgados que le daban una pícara expresión oriental. Poseía además una maravillosa voz, profunda y musical.

»Vi en seguida que mi amigo Richard Haydon estaba muy interesado por la muchacha y deduje que aquella reunión había sido organizada únicamente por ella. De los sentimientos de ella no estaba tan seguro. Era caprichosa al conceder sus favores. Un día hablaba con Richard como si los demás no existiéramos y, al otro, el favorito era su primo Elliot y no parecía notar la existencia de Richard, para acabar dedicándole sus más seductoras sonrisas al tranquilo y retraído doctor Symonds.

»La mañana que siguió a mi llegada, nuestro anfitrión nos mostró el lugar. La casa en sí no era nada extraordinaria, y estaba sólidamente construida con granito de Devonshire para resistir las inclemencias del tiempo. No era romántica, pero sí muy comfortable. Desde sus ventanas se divisaba el panorama del páramo y las vastas colinas coronadas por peñascos moldeados por el viento.

»En las laderas de los peñascos más cercanos a nosotros había varios círculos de menhires, reliquias de los remotos días de la Edad de Piedra. En otra colina se veía un túmulo recientemente excavado y en el que habían sido encontrados diversos objetos de bronce. Haydon sentía un gran interés por las antigüedades y nos hablaba con gran entusiasmo de aquel lugar que, según nos explicó, era particularmente rico en reliquias del pasado.

»Se habían encontrado restos de refugios neolíticos, de druidas celtas, de romanos, e incluso indicios de los primeros fenicios.

»—Pero este lugar es el más interesante de todos —nos dijo—. Ya conocéis su nombre, el Bosque Silencioso. Bien, no es difícil comprender por qué se llama así.

»Señaló con el brazo. En aquella zona, el paisaje se mostraba especialmente desolado; rocas, brezos, helechos, pero a unos cien metros de la casa había una magnífica y espesa arboleda.

»—Es una reliquia de tiempos muy remotos —dijo Haydon—. Los árboles han ido muriendo, pero han sido replantados y en conjunto se ha conservado tal como estaba tal vez en tiempos de los fenicios. Vengan a verlo.

»Todos le seguimos. Al entrar en el bosquecillo me sentí invadido por una curiosa opresión. Creo que fue el silencio, ningún pájaro parecía anidar en aquellos árboles. Se podía palpar la desolación y el horror en el aire. Vi que Haydon me contemplaba con una extraña sonrisa.

»—¿No le causa alguna sensación este lugar, Pender? —me preguntó—. ¿De hostilidad? ¿O de intranquilidad?

»—No me gusta —repliqué tranquilamente.

»—Está en su derecho. Este lugar fue la plaza fuerte de uno de los antiguos enemigos de la fe. Este es el Bosque de Astarté.

»—¿Astarte?

»—Astarté, Istar, Ashtoreth o como quiera llamarla. Yo prefiero el nombre fenicio de Astarté. Creo que se conoce otro Bosque de Astarté en este país, al norte de la muralla de Adriano. No tengo pruebas, pero me gusta pensar que el de aquí es el auténtico. Ahí, en el centro de ese espeso círculo de árboles, se llevaban a cabo los ritos sagrados.

»—Ritos sagrados —murrnurró Diana Ashley con mirada soñadora—. Me gustaría saber cómo eran.

»—Nada recomendables— dijo el capitán Rogers con una risa estruendosa pero inexpresiva—. Imagino que algo fuertes.

»Haydon no le prestó atención.

»—En el centro del bosque debía de haber un templo —dijo—. No es que haya conseguido encontrar alguno, pero me he dejado llevar un poco por mi imaginación.

»Para entonces ya habíamos penetrado en un pequeño claro en el centro de la arboleda, donde se elevaba una especie de glorieta de piedra. Diana Ashley miró inquisitivamente a Haydon.

»—Yo la llamo la Casa del Ídolo —dijo éste—. Es la Casa del Ídolo de Astarté.

»Y avanzó hacia ella. En su interior, sobre un tosco pilar de ébano, reposaba una curiosa imagen que representaba a una mujer con cuernos en forma de media luna y que estaba sentada sobre un león.

»—Astarté de los fenicios —dijo Haydon—. La diosa de la Luna.

»—¡La diosa de la Luna! —exclamó Diana—. Oh, organicemos una fiesta pagana para esta noche. Disfrazados. Vendremos aquí a medianoche para celebrar los ritos de Astarté.

»Yo hice un gesto brusco y Elliot Haydon, el primo de Richard Haydon, se volvió rápidamente hacia mí.

»—A usted no le gusta todo esto, ¿verdad, Pender? —me dijo.

»—Sí —repliqué en tono grave—, no me gusta. —Me miró con extrañeza.

»—Pero si es una broma. Dick no puede saber si esto era realmente un bosque sagrado. Sólo es pura imaginación. Le gusta jugar con la idea. Y de todos modos, si de verdad lo fuera...

»—¿Y si lo fuera...?

»—Bueno —dijo con una sonrisa un tanto incómoda—. Usted no puede creer en esas cosas, ¿no? Es un párroco.

»—Precisamente, no estoy seguro de como párroco no deha creer en ello.

»—Aun así, todo es ya parte del pasado.

»—No estaría tan seguro —dije pensativo—. Yo sólo sé una cosa. Por lo general no soy hombre que se deje impresionar fácilmente por un ambiente, pero desde que he penetrado en este círculo de árboles, tengo una extraña sensación de maldad y amenaza a mi alrededor

» Miró intranquilo por encima de su hombro.

»—Sí —dijo—, es curioso en cierto modo. Sé lo que quiere decir, pero supongo que es sólo nuestra imaginación lo que nos produce esa sensación. ¿Qué dice a esto, Symonds?

»El doctor guardó silencio unos momentos antes de replicar con calma:

»—No me gusta esto y no sé decirles por qué. Pero sea por lo que sea no me gusta.

»En aquel momento se acercó a mi Violeta Mannering.

»—Aborrezco este lugar —exclamó—, lo aborrezco. Salgamos de aquí.

»Echamos a andar y los demás nos siguieron. Sólo Diana Ashley se resistía a marcharse. Volví la cabeza y la vi ante la casa del ídolo contemplando fijamente la imagen.

»El día era magnífico y excepcionalmente caluroso, y la idea de Diana Ashley de celebrar una fiesta de disfraces aquella noche fue recibida con entusiasmo general. Hubo las acostumbradas risas, los cuchicheos, el frenesí de los preparativos y, cuando hicimos nuestra aparición a la hora de la cena, no faltaron exclamaciones de alegría. Rogers y su esposa iban disfrazados de hombres del neolítico, lo cual explicaba la repentina desaparición de ciertas alfombras. Richard Haydon se presentó como un marino fenicio y su primo como un capitán de bandidos. El doctor Symonds se vistió de cocinero, lady Mannering de enfermera y su hija de esclava circasiana. Yo mismo me había arreglado para parecerme en lo posible a

un monje. Diana Ashley bajó la última y nos quedamos algo decepcionados al verla aparecer envuelta en un dominó negro.

»—Lo Desconocido —declaró con aire alegre—, eso es lo que soy. Y ahora, por lo que más quieras, vamos a cenar.

»Después de cenar salimos afuera. Hacía una noche deliciosa y cálida, y empezaba a salir la luna.

»Paseamos de un lado a otro, charlando, y el tiempo pasó muy de prisa. Debí de ser aproximadamente una hora más tarde cuando nos dimos cuenta de que Diana Ashley no estaba con nosotros.

»—Seguro que no se ha ido a la cama —dijo Richard Haydon.

»Violeta Mannering negó con la cabeza. No —dijo—. La vi marcharse en esa dirección hará cosa de un cuarto de hora.

»Y al hablar señaló el bosquecillo de árboles que se alzaban negros y sombríos a la luz de la luna.

»—Quisiera saber qué se propone —dijo Richard Haydon—. Alguna diablura, seguro. Vayamos a ver.

»Avanzamos en pelotón intrigados por saber qué tramaba miss Ashley. No obstante, yo sentía de nuevo cierto recelo ante la idea de penetrar en el oscuro cinturón de árboles. Algo más Fuerte que yo parecía retenerme y me urgía a que no entrara allí. Sentí más claramente que nunca el maleficio de aquel lugar. Creo que algunos de los demás experimentaron la misma sensación que yo, aunque no lo hubieran adinitido por nada del mundo. Los árboles estaban tan juntos que no dejaban penetrar la luz de la luna y, a nuestro alrededor, se oían multitud de ruidos, susurros y suspiros. Era un lugar que imponía y, de común acuerdo, todos nos mantuvimos juntos.

»De pronto llegamos al claro del centro de la arboleda y nos quedamos como clavados en el suelo, pues en el umbral de la Casa del Ídolo se alzaba una figura resplandeciente, envuelta en una vestidura de gasa muy sutil y con dos cuernos en forma de media luna surgiendo de entre la oscura cabellera.

»—¡Cielo santo! —exclamó Richard Haydon mientras su frente se perlaba de sudor.

»Pero Violeta Mannering fue más aguda.

»—¡Vaya, si es Diana! —observó—. ¿Y qué ha hecho? Oh, no sé qué es, pero está muy distinta.

»La figura del umbral elevó sus manos y, dando un paso hacia delante, en voz alta y dulce, recitó:

»—Soy la sacerdotisa de Astarté. Guardaos de acercaros a mí porque llevo la muerte en mi mano.

»—No hagas eso, querida —protestó lady Mannering—. Nos estás poniendo nerviosos de verdad.

»Haydon avanzó hacia ella.

»—¡Dios mío, Diana! —exclamó—. Estás maravilla.

»Mis ojos se habían acostumbrado ya a la luz de la luna y podía ver con más claridad. Desde luego, como había dicho Violeta, Diana estaba muy distinta. Su rostro tenía una expresión mucho más oriental, sus ojos rasgados un brillo cruel y sus labios la sonrisa más extraña que viera jamás en mi vida.

»—¡Cuidado! —exclamó—. No os acerquéis a la diosa. Si alguien pone la mano sobre mí, morirá.

»—Estás maravillosa, Diana —dijo Haydon--, pero ahora ya basta. No sé por qué, pero esto no me gusta en absoluto.

»Iba avanzando sobre la hierba y ella extendió una mano hacia él.

»—Detente —gritó—. Un paso más y te aniquilaré con la magia de Astarté.

»Richard Haydon se echó a reír apresurando el paso y entonces ocurrió algo muy curioso. Vaciló un momento, tuvimos la sensación de que tropezaba y cayó al suelo cuan largo era.

»No se levantó, sino que permaneció tendido en el lugar donde cayó.

»De pronto, Diana comenzó a reírse histéricamente. Fue un sonido extraño y horrible que rompió el silencio del claro.

»Elliot se adelantó y lanzó una exclamación de disgusto.

»—No puedo soportarlo —exclamó--. Levántate, Dick, levántate, hombre.

»Pero Richard Haydon seguía inmóvil en el lugar en que había caído. Elliot Haydon llegó hasta él y, arrodillándose a su lado, le dio la vuelta. Se inclinó sobre él y escudriñó su rostro.

»Luego se puso bruscamente en pie, medio tambaleándose.

»—Doctor —dijo—, doctor venga, por amor de Dios. Yo... yo creo que está muerto.

»Symonds corrió hacia el caído y Elliot se vino hacia nosotros caminando muy despacio. Se miraba las manos de un modo que no supe comprender.

»En aquel momento Diana lanzó un grito salvaje.

»—Lo he matado —gritó—. ¡Oh, Dios mío! No quise hacerlo, pero lo he matado.

»Y cayó desvanecida sobre la hierba.

»Mrs. Rogers lanzó un grito.

»—Salgamos de este horrible lugar —gimió—. Aquí puede ocurrirnos cualquier cosa. ¡Oh es espanto!

»Elliot me cogió por un hombro.

»—No es posible, hombre —murmuró—. Le digo que no es posible. Un hombre no puede ser asesinado así. Va... va contra la naturaleza.

»Traté de calmarlo.

»—Debe de haber alguna explicación —respondí—. Su primo puede haber tenido un fallo cardíaco repentino a causa de la sorpresa y la excitación...

»Me interrumpió.

»—Usted no lo comprende —dijo extendiendo sus manos y pude contemplar en ellas una mancha roja.

»—Dick no ha muerto del corazón, sino apuñalado... apuñalado en medio del corazón y *no hay arma alguna*.

»Lo miré con incredulidad. En aquel momento Symonds acababa de examinar el cadáver y se aproximó a nosotros, pálido y temblando de pies a cabeza.

»—Es que estamos todos locos? —se preguntó—. ¿Qué tiene este lugar para que sucedan en él cosas semejantes?

»—Entonces es cierto.

» Asintió.

»—La herida es igual a la que hubiera producido una daga larga y fina, pero aquí no hay ninguna daga.

»Nos miramos unos a otros.

»Pero tiene que estar aquí —exclamó Elliot Haydon—. Debe haberse caído. Tiene que estar por el suelo. Busquémosla.

»Todos buscamos en vano. Violeta Mannering exclamó de pronto:

»—Diana llevaba algo en la mano. Una especie de daga. Yo la vi claramente. Vi cómo brillaba cuando le amenazó.

»Elliot Haydon meneó la cabeza.

»—El no llegó siquiera a tres metros de ella.

»Larry Mannering se había inclinado sobre la muchacha tendida en el suelo.

»—Ahora no tiene nada en la mano —anunció—, y no veo nada por el suelo. ¿Estás segura de que la viste, Violeta? Yo no la recuerdo.

»El doctor Symonds se acercó a la joven.

»—Debemos llevarla a la casa —sugirió—. Rogers, ¿quiere ayudarme?

»Entre los dos llevamos a la muchacha de nuevo a la casa y luego regresamos en busca del cadáver de sir Richard.

El doctor Pender se interrumpió mirando a su alrededor —Ahora sabemos más cosas —dijo-- gracias a la afición por las novelas policíacas. Hasta un chiquillo de la calle sabe que un cadáver debe dejarse donde se encuentra. Pero entonces no teníamos estos conocimientos y por tanto llevamos el cuerpo de Richard Haydon a su dormitorio de la casa cuadrada de granito y enviamos al mayordomo para que fuese a buscar a la policía en su bicicleta: un paseo de unas doce millas.

»Fue entonces cuando Elliot Haydon me llevó aparte.

»—Escuche —me dijo—. Voy a volver al bosque. Hay que encontrar el arma.

»Si es que la hubo —dije en tono dubitativo.

»Cogiéndome por un brazo, me sacudió con fuerza.

»—Se le han metido todas esas ideas supersticiosas en la cabeza. Usted cree que esta muerte ha sido sobrenatural. Pues yo voy a volver al bosquecillo para averiguarlo.

»Me mostré extrañamente contrario a que hiciera esto. Hice lo posible por disuadirlo, pero sin resultado. Sólo imaginar aquel círculo de árboles se me ponía la piel de gallina y sentí el fuerte presentimiento de otro desastre, pero Elliot estaba decidido. Creo que también estaba asustado, aunque no quería admitirlo. Se marchó dispuesto a dar con la solución del misterio.

»Fue una noche horrible, nadie pudo conciliar el sueño, ni intentarlo siquiera. La policía, cuando llegó, se mostró del todo incrédula ante lo ocurrido. Manifestaron el deseo de interrogar a miss Ashley, pero tuvieron que desistir puesto que el doctor Symonds se opuso con vehemencia. Miss Ashley había vuelto en sí después de su desmayo o trance y le había dado un sedante para dormir, por lo que no debía ser molestada hasta el día siguiente.

»Hasta las siete de la mañana, nadie pensó en Elliot Haydon, cuando Symonds preguntó de pronto dónde estaba. Yo expliqué lo que Elliot había hecho y el rostro de Symonds se tomó todavía más pálido y preocupado.

»—Ojalá no hubiera ido. Es una temeridad —dijo.

»—¿No pensará que haya podido ocurrirle algo?

»—Espero que no. Creo, padre, que será mejor que usted y yo vayamos a ver.

»Sabía que no le faltaba razón, pero necesité todo mi valor y fuerza de voluntad para hacerlo. Salimos juntos y penetramos una vez más en la arboleda maldita. Le llamamos un par de veces y no respondió. Al cabo de unos instantes llegamos al claro, que se nos apareció pálido y fantasmal a la temprana luz de la mañana. Symonds se agarró a mi brazo y yo ahugué una exclamación. La noche anterior, cuando lo vimos bañado por la luz de la luna, había el cuerpo de un hombre tendido de bruces sobre la hierba. Ahora, a la luz del amanecer, nuestros ojos contemplaron

el mismo cuadro. Elliot Haydon estaba tendido exactamente en el mismo lugar donde cayera su primo.

»—¡Dios mío! —dijo Symonds—. ¡A él también le ha ocurrido!

»Echamos a correr por el césped. Elliot Haydon estaba inconsciente, pero respiraba débilmente y esta vez no cabía la menor duda de la causa de la tragedia. Una larga daga de bronce permanecía clavada en la herida.

»—Le ha atravesado el hombro y no el corazón. Es una suerte —dijo el médico—. Palabra que no sé qué pensar De todas formas, no está muerto y podrá contarnos lo ocurrido.

»Pero eso fue precisamente lo que Elliot Haydon no pudo hacer. Su descripción fue extremadamente vaga. Había buscado el arma en vano y, al fin, dando por terminada la búsqueda, se aproximó a la Casa del Ídolo. Fue entonces cuando tuvo la sensación de que alguien le observaba desde el cinturón de árboles. Luchó por librarse de aquella impresión sin poder conseguirlo. Describió cómo empezó a soplar un viento extraño y helado que parecía venir no de los árboles, sino del interior de la Casa del Ídolo. Se volvió para escudriñar su interior y, al ver la pequeña imagen de la diosa, creyó sufrir una ilusión óptica. La figura fue creciendo y creciendo, y luego de pronto creyó percibir como un golpe en las sienes que le hizo tambalearse y, mientras caía, sintió un dolor ardiente y agudo en el hombro izquierdo.

»Esta vez, la daga fue identificada como la misma que había sido encontrada en el túmulo de la colina y que fue comprada por Richard Haydon. Nadie sabía dónde la guardaba, si en la Casa del Ídolo o en la suya.

»La policía opinaba que había sido apuñalado por miss Ashley, pero dado que todos declaramos que no había estado en ningún momento a menos de tres metros de distancia de él, no podían tener esperanzas de sostener la acusación contra ella. Por consiguiente, todo fue y continúa siendo un misterio.»

Se hizo un profundo silencio.

—Parece que no haya nada que decir —habló al fin Joyce Lemprière—. Es todo tan horrible y misterioso. ¿Ha encontrado usted alguna explicación, doctor Pender? El anciano asintió.

—Sí —sontestó—. Tengo una explicación, una cierta explicación, eso es todo. Una bastante curiosa, pero en mi mente quedan aún ciertos aspectos sin aclarar.

—He asistido a sesiones de espiritismo —dijo Joyce— y pueden ustedes decir lo que gusten, pero en ellas ocurren cosas muy extrañas. Supongo que pueden explicarse por algún tipo de hipnotismo. La muchacha se convirtió realmente en una sacerdotisa de Astarté y supongo que, de una manera u otra, debió apuñalarlo. Tal vez le arrojara la daga que miss Mannering vio en su mano.

—O pudo ser una jabalina —sugirió Raynond West—. Al fin y al cabo, la luz de la luna no es muy fuerte. Podía llevar una especie de lanza en la mano y clavársela

a distancia. Y luego entra en juego el hipnotismo colectivo. Quiero decir que todos ustedes estaban preparados para verle caer víctima de un poder sobrenatural y eso vieron.

—He visto realizar cosas maravillosas con lanzas y cuchillos en los escenarios —afirmó sir Henry—. Creo que es posible que un hombre estuviera oculto en el cinturón de árboles y desde allí arrojara un cuchillo o una daga con suficiente puntería, suponiendo, desde luego, que fuese un profesional. Admito que es una idea un tanto descabellada, pero me parece la única teoría realmente aceptable. Recuerden que el otro hombre tuvo la impresión de que alguien le observaba desde los árboles. Y en cuanto a que miss Mannering dijera que miss Ashley tenía una daga en la mano que ninguno de los otros vio, eso no me sorprende. Si tuvieran mi experiencia sabrían que la impresión de cinco personas acerca de la misma cosa difiere tan ampliamente que resulta casi increíble.

Mr. Petherick carraspeo.

—Pero en todas esas teorías parece que hemos pasado por alto un factor esencial —declaró—. ¿Qué fue del arma? Difícilmente hubiera podido librarse miss Ashley de una jabalina, estando como estaba de pie en medio de un espacio abierto. Y si un asesino oculto hubiera arrojado una daga, ésta debería seguir aún en la herida cuando dieron la vuelta al cadáver. Creo que debemos descartar todas esas teorías absurdas y ceñirnos a los hechos concretos.

—¿Y adónde nos conducen?

—Bien, una cosa parece clara. Nadie estaba cerca del hombre cuando cayó al suelo, de modo que tuvo que ser él mismo quien se apuñalase. En resumen, un suicidio.

—¿Pero por qué diablos iba a querer suicidarse? —preguntó Raymond West con tono de incredulidad. El abogado carraspeó de nuevo.

—Oh, eso nos llevaría a formular una vez más una question teórica —dijo—. Y de momento no me interesan las teorías. A mí me parece, excluyendo lo sobrenatural, en lo que no creo ni por un momento, que ésa es la única manera en que pudieron ocurrir las cosas: se mató él y, al caer, alargó los brazos extrayendo la daga de la herida y arrojándola lejos entre los árboles. Esta es, aunque un tanto improbable, una explicación posible.

—Yo no lo aseguraría —replicó miss Marple—. Todo esto me ha dejado muy perpleja, pero ocurren cosas muy curiosas. El año pasado, en una fiesta al aire libre en casa de lady Sharpy, el hombre que estaba arreglando el reloj del golf tropezó con uno de los hoyos y perdió completamente el conocimiento por espacio de cinco minutos.

—Sí, querida tía —dijo Raymond en tono amable—, pero a él no le apuñalaron, ¿no es cierto?

—Claro que no, querido —contestó miss Marple—. Eso es lo que voy a explicar. Claro que existe sólo un medio de que pudieran apuñalar al pobre sir Richard, pero primero quisiera saber qué es lo que le hizo caer. Desde luego pudo ser la raíz de

un árbol. Debía ir mirando a la joven y con la escasa luz de la luna es fácil tropezar con esas cosas.

—¿Dice usted que sólo existe un medio en que sir Richard pudo ser apuñalado, miss Marple? —pregun-tó el clérigo mirándola con curiosidad.

—Es muy triste y no me gusta pensarlo. El era diestro, ¿verdad? Quiero decir que, para clavarse él mismo la daga en el hombro izquierdo, tuvo que utilizar la mano derecha. Siempre me dio mucha pena el pobre Jack Baynes. Cuando estuvo en la guerra, se disparó en un pie después de una batalla, en Arras, ¿recuerdan? Me lo contó cuando fui a verlo al hospital. Estaba muy avergonzado. No creo que este pobre hombre, Elliot Haydon, se beneficie gran cosa con su malvado crimen.

—Elliot Haydon -exclamó Raymond—. ¿Crees que fue él?

—No veo que pudiera hacerlo otra persona —dijo miss Marple abriendo los ojos con sorpresa—. Quiero decir que, como dice sabiamente Mr. Petherick, hay que considerar los hechos y descartar toda esa atmósfera de deidades paganas, que no me resulta agradable. Fue el primero que se aproximó a Richard y le dio la vuelta. Y para hacerlo, tuvo que volverse de espaldas a todos. Yendo vestido de capitán de bandidos seguro que llevaba algún arma en el cinturón. Recuerdo que una vez bailé con un hombre disfrazado así cuando era jovencita. Llevaba cinco clases de cuchillos y dagas, y no hará falta que les diga lo molesto que resultaba para la pareja.

Todas las miradas se volvieron hacia el doctor Pender

—Yo supe la verdad —exclamó— cinco años después de ocurrida la tragedia. Me llegó en forma de carta escrita por Elliot Haydon. En ella me decía que siempre imaginó que yo sospechaba de él. Dijo que fue víctima de una tentación repentina. El también amaba a Diana Ashley, pero era sólo un pobre ahogado que luchaba por abrirse camino. Quitando a Richard de en medio y heredando su título y hacienda, veía abrirse ante él un futuro maravilloso. Sacó la daga de su cinturón al arrodillarse junto a su primo, se la clavó y la devolvió a su sitio, y luego se hirió él mismo para alejar sospechas. Me escribió la noche antes de partir con una expedición al Polo Sur, por si no regresaba. No creo que tuviera intención de regresar y sé que, como ha dicho miss Marple, su crimen no le proporcionó ningún beneficio. *«Por espacio de cinco años —me escribió— he vivido en un infierno. Espero que por lo menos pueda expiar mi crimen muriendo con honor»*

Hubo una pausa.

—Y murió con honor —dijo sir Henry—. Ha cambiado usted los nombres de los personajes de su historia, doctor Pender, pero creo reconocer al hombre al que usted se refiere.

—Como les dije —terminó el clérigo—, no creo que esta confesión explique todos los hechos. Sigo pensando todavía que en aquel bosque había algo maligno, una influencia que impulsó a Elliot Haydon a cometer su crimen. Incluso ahora no puedo recordar sin estremecerme la Casa del Ídolo de Astarté.

MANCHAS DE SANGRE EN EL SUELO

—Es curioso —comenzó a decir Joyce Lemprière—, pero casi me siento inclinada a no contarles mi historia. Sucedió hace mucho tiempo, hace cinco años, para ser exacta, y desde entonces me tiene obsesionada. Tanto su lado brillante, alegre y superficial, como el horror que se escondía en el fondo. Y lo curioso del caso es que el cuadro que pinté entonces está impregnado de la misma atmósfera. Cuando se mira por primera vez, parece sólo el simple boceto de una callejuela de Cornualles bañada por la luz del sol. Pero al contemplarlo con más atención, se descubre en él algo siniestro. Nunca quise venderlo, pero nunca lo miro. Está en mi estudio, en un rincón y de cara a la pared.

»El nombre del lugar es Rathole, un extraño pueblecito pesquero de Cornualles, muy pintoresco, tal vez demasiado pintoresco. En él se respira demasiado la atmósfera de una antigua sala de té de Cornualles. Tiene tiendas en las que muchachas de pelo a lo *garçon* pintan a mano leyendas sobre pergaminos. Es bonito y original, pero se lo creen demasiado.

—No sé por qué será —dijo Raymond West con un gruñido—. Supongo que será debido a esa maldita invasión de autocares llenos de gente. Por estrechos que sean los caminos que llevan a ellos, ninguno de esos pintorescos pueblecitos se libra de ellos. Joyce asintió.

—Los que conducen a Rathole son muy estrechos y empinados como una pared. Bien, sigo con mi historia. Yo había ido a Cornualles a pasar quince días dibujando. En Rathole existía una antigua posada, Las Armas de Polharwith, que se supone es la única casa que dejaron en pie los atacantes españoles cuando bombardearon ferozmente el lugar hacia el 1500 o algo por el estilo.

—No lo bombardearon —replicó Raymond West con el entrecejo fruncido—. Procura no desvirtuar la historia, Joyce.

—Bueno, sea como fuere, desembarcaron cañones a lo largo de toda la costa y con ellos destrozaron las casas. De todas maneras no es ésta la cuestión. La posada era un lugar maravilloso por su antigüedad, con una especie de porche sostenido por cuatro pilares. Conseguí un buen apunte y me disponía a trabajar de firme cuando un coche subió serpenteando por la colina. Por supuesto, fue a detenerse delante de la posada, en el lugar en que más me estorbaba. Se apearon sus ocupantes, un hombre y una mujer, en los que no me fijé gran cosa. Ella llevaba un vestido de lino malva y un sombrero del mismo color.

»El hombre volvió a salir de nuevo y, para mi gran satisfacción, llevó el coche hasta el muelle y lo dejó aparcado allí. Al regresar a la posada tuvo que pasar junto a mí, en el preciso momento en que llegaba otro coche, del que se apeó una mujer vestida con el traje más llamativo que viera en mi vida. Creo que su estampado consistía en ponsetias rojas y llevaba uno de esos enormes sombreros de paja que

utilizan los nativos, me parece que de Cuba ¿no es eso?, y que también era de un brillante rojo escarlata.

»La mujer no se detuvo delante de la posada, sino que llevó su coche más abajo en el otro lado. Luego se apeó y el hombre le dijo asombrado:

»—Carol, esto sí que es maravilloso. Qué casualidad encontrarte en este apartado rincón del mundo. Hace años que no te veía. Margery está aquí también, mi esposa, ya sabes. Debes venir a conocerla.

»Subieron juntos la empinada calle en dirección a la posada y vi que la otra mujer acababa de salir a la puerta y se dirigía a ellos. Cuando pasaron ante mí, pude echar un vistazo a la mujer llamada Carol, lo suficiente para ver una barbilla muy empolvada y una boca muy roja, y me pregunté, sólo me pregunté, si Margery se alegraría mucho de conocerla. A Margery no la había visto de cerca, pero así de lejos me pareció muy formal, estirada y poco maquillada.

»Bueno, desde luego no era asunto mío, pero a veces se ven pequeños retazos de la vida y no puedes evitar especular sobre ellos. Desde donde estaba podía oír fragmentos de su conversación. Hablaban de ir a bañarse. El marido, cuyo nombre al parecer era Denis, deseaba alquilar un bote y remar por la costa. Había allí una cueva famosa que merecía la pena ver a cosa de una milla de distancia, según dijo. Carol deseaba verla también, pero sugirió la idea de ir andando por los acantilados y verla desde la costa. Dijo que odiaba los botes. Al fin lo acordaron así. Carol iría andando por el camino del acantilado y se reuniría con ellos en la cueva, mientras Denis y Margery cogerían una barca y remarían hasta allí.

»Al oírles hablar de bañarse me entraron ganas a mí también. Era una mañana muy calurosa y no adelantaba apenas mi trabajo. Además, imaginé que la luz de la tarde daría al lugar un efecto más atrayente, de modo que recogí mis bártulos y me dirigí a una pequeña playa que había descubierto, en dirección completamente opuesta a la cueva. Tomé un delicioso baño allí y comí lengua enlatada y dos tomates, volviendo por la tarde a continuar mi apunte llena de entusiasmo y confianza.

»Todo Rathole parecía dormido. Había acertado al imaginar la luz del sol por la tarde: las sombras resultaban mucho más sugerentes, Las Armas de Polharwith eran el tema principal de mi apunte. Un rayo de sol caía oblicuamente sobre la tierra ante la posada y producía un efecto curioso. Supuse que los bañistas habrían regresado felizmente ya que dos trajes de baño, uno rojo y otro azul oscuro, estaban tendidos en el balcón, secándose al sol.

»Había algo que no me salía bien en una de las esquinas de mi apunte y me incliné unos instantes para arreglarlo. Cuando volví a alzar la vista, había una figura apoyada en uno de los pilares de la posada que parecía haber aparecido por arte de magia. Vestía ropas de marinero y supuse que sería un pescador. Además, llevaba una larga barba negra y, si hubiera buscado un modelo para dibujar a un malvado capitán español, no lo hubiera podido encontrar mejor. Me puse a trabajar con entusiasmo antes de que se marchara, aunque a juzgar por su actitud, parecía dispuesto a sostener el pilar por toda la eternidad.

»Sin embargo, al fin se movió. Afortunadamente, yo ya había obtenido lo que deseaba. Se acercó a mí y empezamos a charlar. ¡Cómo hablaba aquel hombre!

»—Rathole es un lugar muy interesante —me dijo.

«Yo ya lo sabía, pero, aunque se lo dije, eso no me salvó. Tuve que oír toda la historia del bombardeo, quiero decir de la destrucción del pueblo, y como el propietario de Las Armas de Polharwith murió en el mismo umbral de su puerta, atravesado por la espada de un capitán español, y que su sangre manchó el suelo y nadie consiguió limpiar la mancha durante cien años.

«Todo aquello concordaba admirablemente con la lánguida pesadez de la tarde. La voz del hombre era muy suave y, no obstante, al mismo tiempo resultaba un tanto amenazadora. Sus modales eran obsequiosos, pero comprendí que en el fondo debía de ser un hombre cruel. Me hizo comprender el papel de la Inquisición y el horror de todas las cosas que habían hecho los españoles mejor de lo que nunca lo hubiera hecho.

«Mientras me estuvo hablando, continué mi trabajo y de pronto me di cuenta de que, distraída escuchando su historia, había pintado algo que no estaba allí. Sobre el blanco suelo, en el lugar donde el sol caía ante la puerta de Las Armas de Polharwith, había pintado manchas de sangre. Parece extraordinario que el subconsciente pudiera jugar semejante treta a mi mano, mas al mirar de nuevo hacia la posada tuve un segundo sobresalto. Mi mano había pintado únicamente lo que veían mis ojos, gotas de sangre en el blanco suelo.

«Las miré durante unos instantes. Después, cerrando los ojos, dije para mis adentros: «No seas tonta, allí no hay nada en realidad». Los volví a abrir y las manchas de sangre seguían allí.

»De pronto me di cuenta de que no podría soportarlo e interrumpí con una pregunta el torrente de palabras del pescador.

»—Dígame —le dije—, no tengo muy buena vista. ¿Eso que se ve en el suelo son manchas de sangre?

«Me miró con benevolencia.

»—No hay manchas de sangre hoy en día, señora. Le estoy contando lo que ocurrió hace casi quinientos años.

«—Sí —respondí—, pero ahora, en el suelo... —las palabras se ahogaron en mi garganta.

»Sabía... me daba cuenta de que él no veía lo mismo que yo. Me puse de pie y, con las manos temblorosas, empecé a recoger mis cosas, y entonces observé que el joven que había llegado en coche aquella mañana salía de la posada mirando a ambos lados de la calle con perplejidad. En el balcón apareció su esposa para recoger los trajes de baño. Echó a andar hacia el coche, pero cambió de idea y cruzó la calle hacia el pescador.

»—Oiga, buen hombre —le dijo—, ¿sabe usted si la señora que llegó en el otro coche ha regresado ya?

»—¿Una señora con un vestido floreado? No, señor, no la he visto. Esta mañana se fue hacia la cueva por los acantilados.

«—Lo sé, lo sé. Nos bañamos todos juntos y luego nos dejó para volver a casa, y no hemos vuelto a verla desde entonces. No es posible que tarde tanto. Los acantilados no serán peligrosos, ¿verdad?

«—Depende de por donde se vaya, señor. Lo mejor es ir con alguien que conozca el lugar.

«Era evidente que se refería a sí mismo y se disponía a seguir hablando, mas el joven le interrumpió sin ninguna clase de ceremonias y volvió de nuevo a la posada, gritando a su esposa, que estaba en el balcón:

«—Oye, Margery, Carol no ha regresado todavía. Es extraño, ¿no te parece?

»No oí la respuesta de Margery, pero su esposo continuó diciendo:

»—Bueno, no podemos esperar más. Tenemos que continuar hasta Penrithar. ¿Estás lista? Iré a sacar el coche.

»Hizo lo que decía y en seguida se marcharon juntos. Entretanto, yo había esperado ansiosa el momento de probar lo ridículo de mis imaginaciones. Cuando el automóvil se hubo alejado, fui hasta la posada para examinar de cerca el suelo. Desde luego allí no había manchas de sangre. No, todo había sido producto de mi exaltada imaginación. Y eso, en cierto modo todavía resultaba más aterrador. Fue entonces, mientras permanecía en pie como clavada en aquel lugar, cuando oí la voz del pescador, que me miraba con curiosidad.

»—Usted creyó ver manchas de sangre aquí, ¿eh, señora?

Asentí.

»—Es muy curioso, muy curioso. Aquí tenemos una superstición, señora. Si alguien ve esas manchas de sangre...

»Hizo una pausa.

»—¿Y bien? —le animé.

»Continuó hablando con su voz melosa, con una entonación inconfundiblemente cornuallesa, pero suave y educada en el acento, completamente libre de todos los giros y peculiaridades del habla de Cornualles.

»—Dicen, señora, que si alguien ve esas manchas de sangre habrá una muerte antes de veinticuatro horas.

»—¡Qué terrible! Sentí que un estremecimiento recorría mi espina dorsal.

»El continuó en tono persuasivo:

»—Hay una lápida muy interesante en la iglesia acerca de una muerte...

»—No, gracias —le dije decidida. Y girando sobre mis talones, eché a andar calle arriba hacia la casita donde me hospedaba.

»Cuando llegué vi a lo lejos a la mujer llamada Carol, que venía corriendo por el camino del acantilado. En contraste con el color gris de las rocas, parecía una venenosa flor roja. Su sombrero era rojo como la sangre...

»Me dominé. La verdad es que estaba obsesionada por la idea de la sangre.

»Más tarde oí el ruido de su coche y me pregunté si también ella se dirigía a Penrithar, pero tomó la carretera de la izquierda, en dirección contraria. Observé cómo desaparecía por la colina y respiré un poco más tranquila. Rathole volvía a parecer dormido una vez más.

—Si eso es todo —dijo Raymond West cuando Joyce se detuvo para tomar aliento—, daré mi dictamen en seguida. Indigestión. Hace ver manchas ante los ojos después de las comidas.

—Eso no es todo —replicó Joyce—. Tienes que oír el final. Dos días más tarde lo leí en el periódico con este titular: *«Baño fatal en el mar»*. El artículo contaba cómo Mrs. Dacre, esposa del capitán Denis Dacre, se ahogó desgraciadamente en la Ensenada de Landeer, a poca distancia de donde yo me hallaba, siguiendo la línea de la costa. Ella y su esposo se encontraban hospedados en el hotel del lugar y expresaron su intención de bañarse, pero comenzó a soplar un viento helado y el capitán Dacre declaró que hacía demasiado frío y por ello se fue en compañía de otros huéspedes del hotel a las pistas de golf cercanas al lugar. No obstante, Mrs. Dacre dijo que ella no tenía frío y se marchó sola a la ensenada. Como no regresaba, su esposo empezó a alarmarse y bajó a la playa acompañado de sus amigos. Encontraron sus ropas junto a una roca, pero ni rastro de la infortunada esposa. Su cadáver no fue hallado hasta casi una semana más tarde, cuando el mar lo arrojó a la playa bastante más lejos del lugar del suceso. Tenía un gran golpe en la cabeza, que debió recibir antes de morir, y la opinión general fue que, al zambullirse en el mar, se había golpeado contra una roca. Por lo que pude averiguar, su muerte debió de ocurrir veinticuatro horas después de que yo viera las manchas de sangre.

—Protesto —dijo sir Henry—. Esto no es un problema, sino una historia de fantasmas. Evidentemente miss Lempire es una médium.

Mr Petherick emitió su acostumbrada tosecilla.

—Me sorprende una cosa —dijo—: el golpe en la cabeza. Creo que no debemos descartar la posibilidad de que su muerte fuese violenta, pero no veo que tengamos dato alguno en que basarnos. La alucinación o visión de miss Lemprière desde luego es interesante, pero no comprendo qué quiere que digamos.

—Indigestión y pura coincidencia —dijo Raymond—. De todas formas no puede estar segura de que fueran las mismas personas. Además, la maldición o lo que fuera solo podría afectar a los habitantes de Rathole.

—Yo tengo la impresión —dijo sir Henry— de que el siniestro pescador tiene algo que ver en esta historia, pero estoy de acuerdo con Mr. Petherick en que miss Lemprière nos ha dado pocos datos. Joyce se volvió hacia el doctor Pender, que negó con la cabeza.

—Es una historia muy interesante —dijo—, pero estoy de acuerdo con sir Henry y Mr. Petherick en que son muy pocos los datos que nos ha dado. Joyce miró a miss Marple, que le sonrió.

—Yo también considero que eres un poco tramposa, Joyce, querida —le dijo—. Claro que para mí es distinto. Quiero decir que nosotras, por ser mujeres, sabemos apreciar la importancia que tienen los vestidos y, por lo tanto, no creo que sea justo presentar un problema así a un hombre. Debí de cambiarse con inusitada rapidez. ¡Qué mujer más perversa! Y él es todavía peor.

Joyce la miraba con ojos muy abiertos.

—Tía Jane... —le dijo—... quiero decir miss Marple, creo que... me parece que ya sabe usted la verdad.

—Sí, querida —dijo miss Marple—. A mí, que estoy sentada tranquilamente, me ha resultado mucho más sencillo que a ti. Y eso que, por ser artista, eres muy sensible a tu entorno, ¿no es cierto? Sentada aquí con mi labor de punto, puedo ver los hechos con claridad. Las gotas de sangre cayeron desde el balcón, del traje de baño, ya que, al ser rojo, los mismos criminales no se dieron cuenta de que estaba manchado de sangre. ¡Pobrecilla, pobrecilla infeliz!

—Perdóneme, miss Marple —intervino sir Henry—, pero usted sabe que sigo todavía en la más completa oscuridad. Usted y miss Lemprière parecen saber de qué están hablando, pero nosotros los hombres seguimos ignorantes de todo.

—Ahora les contaré el final de la historia —dijo la joven—. Ocurrió un año más tarde. Yo me encontraba en un pueblecito de la costa pintando, cuando de pronto experimenté la extraña sensación de presenciar algo que ya había ocurrido antes. Ante mí tenía a dos personas, un hombre y una mujer que saludaban a una tercera, una mujer vestida con un traje estampado con ponsetias rojas.

»—¡Carol, esto sí que es maravilloso! ¡Qué casualidad encontrarse después de tantos años. ¿No conoces a mi esposa? Joan, te presento a una antigua amiga mía, miss Harding.

»Reconocí al hombre al instante. Era el mismo Denis que había visto en Rathole. La esposa era distinta, es decir, se llamaba Joan en vez de Margery, pero era el mismo tipo de mujer: joven, bastante sencilla y corriente. Por un momento creí que me había vuelto loca. Empezaron a hablar de irse a bañar. Les diré lo que hice: dirigirme directamente al puesto de policía. Pensé que lo más probable era que me tomasen por loca, pero no me importaba y todo salió bien. Encontré allí a un hombre de Scotland Yard que había acudido precisamente por aquel asunto. Al parecer, ¡oh, es horrible hablar de esto!, la policía sospechaba de Denis Dacre. No era su verdadero nombre, se lo cambiaba según las distintas ocasiones. Acostumbraba a hacer amistad con muchachas sencillas que no tuvieran muchos parientes ni amigos y, después de casarse con ellas, aseguraba sus vidas por grandes sumas y luego... ¡oh, es horrible! La mujer llamada Carol era su verdadera esposa y juntos llevaban a cabo siempre el mismo plan. Así es como llegaron a atraparlo. Las compañías de seguros empezaron a sospechar. Acudía a algún lugar de veraneo con su nueva esposa, allí se encontraba con la otra mujer y se iban a bañar juntos.

Entonces asesinaban a la esposa, y Carol, poniéndose sus ropas, regresaba en el bote con él. Más tarde abandonaban el lugar, después de preguntar por la supuesta Carol y, al llegar a las afueras del pueblo, Carol regresaba con sus ropas llamativas y su extremado maquillaje para marcharse de allí en su propio coche. Averiguaban en qué dirección iba la corriente y la supuesta muerte ocurría en el próximo pueblo que quedase en esa misma dirección. Carol hacía el papel de esposa y se iba sola a alguna playa solitaria para dejar las ropas de ésta junto a una roca y ella se marchaba con su traje llamativo a esperar tranquilamente que su esposo fuera a reunirse con ella.

»Supongo que, cuando asesinaron a la pobre Margery, parte de la sangre debió empapar el traje de baño de Carol y, al ser de color rojo, no lo notaron, tal como dice miss Marple. Mas al tenderlo en el balcón cayeron algunas gotas al suelo. ¡Uf! —se estremeció—. Todavía puedo verlas.

—Claro —exclamó sir Henry—. Ahora lo recuerdo muy bien. Su nombre verdadero era Davis. Había olvidado que uno de sus muchos alias fue Dacre. Era una pareja extraordinaria. Siempre me sorprendió que nadie descubriera su cambio de personalidad. Supongo, tal como dice miss Marple, que sería porque los trajes se identifican más fácilmente que los rostros. Pero fue un plan muy inteligente ya que, aunque sospechábamos de Davis, no fue fácil detenerlo, pues siempre parecía tener una coartada impecable.

—Tía Jane —dijo Raymond—, ¿cómo lo haces? Has llevado una vida apacible y nada parece sorprenderte.

—No hay nada nuevo en este mundo —replicó miss Marple—. Ahí tienes a Mrs. Green, ya sabes, la que enterró a cinco niños... todos con la vida asegurada. Y bueno, naturalmente, una no puede dejar de sospechar... Meneó la cabeza.

—Hay mucha perversidad en la vida de un pueblecito y espero que vosotros los jóvenes no lleguéis a saber nunca lo malvado que es el mundo.

MÓVIL *VERSUS* OPORTUNIDAD

Mr. Petherick se aclaró la garganta con más ímpetu que de costumbre.

—Temo que mi problema les parezca muy sencillo —dijo en tono de disculpa—, después de las sensacionales historias que acabo de escuchar. En el mío no hay derramamiento de sangre, pero a mí me parece un problemilla interesante e ingenioso y, por fortuna, me hallo en posición de conocer la solución.

—No será terriblemente legal, ¿verdad? —preguntó Joyce Lemprière—. Me refiero a que no pretenderá abrumarnos con referencias a los artículos del Código, y un sinfín del caso de Tal versus Cual en el año 1981 o algo parecido.

Mr Petherick la miró fijamente por encima de las gafas.

—No, no querida jovencita, no debe temer nada de eso. La historia que voy a contarles es bien sencilla y puede ser seguida por cualquier profano.

—Nada de retóricas jurídicas —dijo miss Marple, amenazándole con una aguja de hacer punto.

—Desde luego que no —replicó Mr. Petherick.

—Bien, yo no estoy tan segura, pero oigamos su historia.

—Hace referencia a un antiguo cliente mío, a quien llamaré Mr. Clode, Simon Clode. Era un hombre muy rico y vivía en una gran casa no muy lejos de aquí. Le mataron un hijo en la guerra y este hijo había dejado una niñita. Su madre murió al nacer ella y, al fallecer su padre, se fue a vivir con su abuelo, que en seguida le cobró gran afecto. La pequeña Chris hacía lo que quería de su abuelo. Nunca he visto un hombre más dominado por una criatura, y no puedo describir su pena y desesperación cuando, a los once años, la niña contrajo una neumonía y falleció.

»El pobre Simon Clode estaba inconsolable. Un hermano suyo había fallecido recientemente, dejando a su familia en una situación económica un tanto difícil, y Simon Clode ofreció generosamente su casa a los hijos de su hermano, dos niñas, Grace y Mary, y un niño, George. Pero aun siendo amable y generoso con ellos, el anciano nunca experimentó por sus sobrinos el afecto y la devoción que sintiera por su pequeña nietecita. George Clode encontró un empleo en un banco, y Grace contrajo matrimonio con un inteligente y joven químico llamado Philip Garrod. Mary, que era una muchacha tranquila y reservada, continuó en la casa cuidando de su tío. Yo creo que le apreciaba mucho, aunque de una forma poco efusiva. Al parecer, todo marchaba sobre ruedas. Debo decir que, después de la muerte de la pequeña Christobel, Simon Clode vino a verme para que le redactara un testamento. Según éste último, toda su fortuna, que era considerable, debía ser repartida a partes iguales entre sus sobrinos, es decir, una tercera parte para cada uno.

»El tiempo pasó. Al encontrar un día casualmente a George Clode le pregunté por su tío, a quien no había visto desde hacía algún tiempo y, ante mi sorpresa, vi que su rostro se ensombrecía.

»—Ojalá pudiera usted hacer entrar en razón a tío Simon —me dijo dolido. Su apariencia honesta pero poco brillante parecía atormentada y preocupada—. El asunto del espiritismo se está poniendo mucho peor.

»—¿Qué asunto del espiritismo? —pregunté muy sorprendido.

»Entonces George me lo contó todo. Que Mr. Clode se había interesado poco a poco por el tema y que, cuando más lo estaba, había encontrado casualmente a una *médium* norteamericana, una tal Mrs. Eurydice Spragg. Esta mujer, a quien George no vacilaba en calificar de estafadora de primera, había conseguido una gran ascendencia sobre Simon Clode. Prácticamente estaba siempre en la casa, donde celebraban muchas sesiones en las que el espíritu de Christobel se manifestaba al crédulo abuelo.

»Debo confesar, antes de seguir adelante, que yo no soy de los que hablan del espiritismo con sarcasmo. Ya les he dicho que creo sólo en la evidencia y pienso que, si somos totalmente imparciales y sopesamos la evidencia en lo tocante al espiritismo, siempre encontraremos aspectos que no pueden atribuirse al fraude o ignorados a la ligera. Por tanto, les repito que sobre este particular ni creo ni dejo de creer. Hay ciertos testimonios que uno no se puede permitir ignorar.

»Por otro lado, también es cierto que el espiritismo conduce muy fácilmente al fraude y a la impostura, y por todo lo que me dijo George Clode de aquella Mrs. Eurydice Spragg, me convencí más y más de que Simon Clode se hallaba en malas manos y que probablemente Mrs. Spragg era una impostora de la peor especie. El anciano, tan sagaz para los asuntos prácticos, estaba siendo fácilmente engañado en lo que se refería a su afecto por la nieta fallecida.

»A fuerza de darles vueltas al problema en mi mente, empecé a sentirme muy intranquilo. Yo apreciaba a los jóvenes Clode, Maiy y George, y comprendí que aquella Mrs. Spragg y su influencia sobre su tío podría acarrear complicaciones en el futuro.

»A la primera oportunidad que se me presentó busqué un pretexto para visitar a Simon Clode. Encontré a Mrs. Spragg instalada en su casa como huésped de honor. En cuanto la vi, se confirmaron mis peores sospechas. Era una mujer robusta, de mediana edad, que vestía de un modo extravagante y no dejaba de decir cosas como « *nuestros seres queridos que han pasado a la otra vida* » y cosas por el estilo.»

»Su esposo estaba también instalado en la casa. Mr. Absalom Spragg era un hombre delgado, de expresión melancólica y ojos de mirada extremadamente evasiva. Tan pronto como pude, me llevé aparte a Simon Clode para sondearlo con tacto sobre el asunto. Se mostró entusiasmado, ¡Eurydice Spragg era maravillosa! ¡Le había sido enviada como respuesta a sus plegarias! A ella no le importaba el dinero, la satisfacción de ayudar a un corazón atribulado le bastaba. Sentía un afecto completamente maternal por la pequeña Chris, a quien empezaba a considerar casi como una hija. Luego me fue dando detalles: cómo había oído la

voz de Chris hablándole, diciéndole que estaba bien y feliz en compañía de sus padres. Continuó relatándome otros sentimientos expresados por la niña, que me parecieron completamente falsos al recordar a la pequeña Christobel, ya que decía que «*su papá y su mamá querían mucho a la querida Mrs. Spragg*».

»—Pero, desde luego, usted se burla de estas cosas, Petherick —me dijo.

»—No, no me burlo. Nada más lejos de mi intención. Algunas de las personas que han escrito sobre este tema me merecen el mayor respeto y confianza. No dudaría en aceptar su palabra y concedería todo el crédito a cualquier *médium* que ellos me recomendaran. ¿Debo entender que Mrs. Spragg le ha sido muy garantizada?

»Simon entró en éxtasis al alabar a Mrs. Spragg. Le había sido enviada por el cielo. La había conocido en el balneario en el que él pasaba dos meses cada verano. ¡Un encuentro casual, con un resultado maravilloso!

»Me marché muy disgustado. Mis peores sospechas se habían confirmado, pero no veía qué podía hacer. Después de pensarlo mucho, escribí a Philip Garrod quien, como ya he dicho antes, acababa de casarse con la mayor de los Clode, Grace. Le expuse el caso, desde luego con la mayor prudencia. Le indiqué el peligro que representaba que una mujer semejante ganara ascendencia en la voluntad del anciano y le sugerí que pusieran a Mr. Clode en contacto con algún reputado experto de los círculos espiritistas que pudiese analizar la conducta de Mrs. Spragg, cosa que consideré no sería difícil para Philip Garrod.

»Garrod actuó rápidamente. Se había dado cuenta de que la salud de Simon Clode era precaria y, como hombre práctico, no tenía intención de dejar que su esposa y sus cuñados se quedaran sin la herencia que les correspondía por derecho. Se presentó a la semana siguiente llevando consigo como invitado nada menos que al famoso profesor Longman. Longman era un científico de primer orden, cuya relación con el espiritismo era suficiente garantía para tratar esta disciplina con el máximo respeto. Y no sólo era un científico brillante, sino también un hombre de la mayor rectitud e integridad.

»El resultado de su visita fue de lo más desafortunado. Al parecer, Longman habló muy poco mientras estuvo allí. Se celebraron dos sesiones, bajo condiciones que ignoro. Longman no hizo comentarios mientras permaneció en la casa, pero después de su marcha escribió una carta a Philip Garrod en la que admitía que no pudo sorprender a Mrs. Spragg llevando a cabo ningún truco, pero que, sin embargo, su opinión particular era que el fenómeno no era auténtico. Mr. Garrod era libre de enseñar la carta a su tío si lo creía conveniente, y sugería que él mismo podía poner a Mr. Clode en contacto con alguna *médium* de perfecta integridad.

»Philip Garrod le llevó la carta directamente a su tío, pero el resultado fue muy distinto al que él había esperado. El anciano montó en cólera, diciendo que todo aquello era un complot para desacreditar a Mrs. Spragg, que era una santa calumniada e insultada injustamente. Ya le habían informado de la envidia que le tenían en aquel país. Señaló que Longman se veía obligado a confesar que no había logrado sorprenderla realizando ninguna superchería. Eurydice Spragg había aparecido a su lado en las horas más negras de su vida, le había dado ayuda y consuelo, y estaba dispuesto a defender su causa, aunque ello significara tener que

romper con todos los miembros de su familia. Ella era para él más que ninguna otra persona en el mundo.

»Philip Garrod fue echado de la casa sin grandes ceremonias, pero como resultado de su ataque de ira, la salud de Clode empeoró notablemente. Durante el último mes había estado en cama casi continuamente y cabía la posibilidad de que no pudiera volver a levantarse hasta que la muerte le liberara. Dos días después de la partida de Philip, recibí una llamada urgente y acudí a la casa a toda prisa. Clode estaba en cama y parecía muy enfermo, incluso ante mis ojos de profano. Luchaba por respirar.

»—Este es mi fin —me dijo—. Lo presiento. No discuta conmigo, Petherick. Pero, antes de morir, quiero cumplir con el único ser humano que ha hecho por mí más que nadie en el mundo. Deseo hacer otro testamento.

»—Muy bien —le dije—. Si me da instrucciones, le redactaré uno y se lo enviaré para que lo firme.

»—Sería inútil —replicó—, pues es posible que no pase de esta noche. Aquí he escrito lo que deseo —buscó debajo de su almohada— y usted dirá si está como es debido.

»Sacó una hoja de papel en la que aparecían burdamente escritas unas pocas palabras en lápiz. Era sencillo y estaba bien claro. Dejaba cinco mil libras a cada uno de sus sobrinos y el resto de sus vastas propiedades a Eurydice Spragg «como prueba de gratitud y admiración».

»No me gustó nada, pero allí estaba. No cabía la posibilidad de que hubiera perdido la razón, el anciano estaba completamente cuerdo.

»Hizo sonar el timbre para llamar a las criadas, que acudieron prontamente. La criada, Emma Gaunt, era una mujer de mediana edad y elevada estatura que llevaba muchos años al servicio de Clode y lo había cuidado con devoción. Con ella vino la cocinera, una mujer joven y frescachona de unos treinta años. Simon Clode las contempló a las dos por debajo de sus pobladas cejas.

»—Quiero que seáis testigos en mi testamento. Emma, tráeme mi pluma estilográfica.

»Emma se aproximó obediente al escritorio.

»—En el cajón de la izquierda, no —dijo el viejo Clode irritado—. ¿Es que no sabes que está en el de la derecha?

»—No, está aquí, señor —replicó Emma sacándola.

»—Entonces debes de haberla guardado mal la última vez —gruñó el anciano—. No puedo soportar que las cosas no estén siempre en su sitio.

»Todavía refunfuñando, tomó la pluma de su mano y copió su borrador, enmendado por mí, en otro papel. Luego firmó, así como también Emma Gaunt y la cocinera, Lucy David. Yo doblé el testamento y lo introduje en un sobre azul.

Comprendan que, necesariamente, el testamento había sido redactado en una hoja de papel corriente.

»Cuando las dos mujeres se disponían a abandonar la habitación, Clode se desplomó sobre las almohadas respirando entrecortadamente y con el rostro descompuesto. Me incliné sobre él con ansiedad y Emma Gaunt regresó junto al lecho. El anciano se recobró sonriendo débilmente.

»—Estoy bien. No se alarme, Petherick. De todas formas, ahora que he hecho lo que deseaba, moriré más tranquilo.

»Emma Gaunt me miró inquisitivamente, como si me pidiera permiso para abandonar la habitación.

Asentí para confirmárselo y salió, deteniéndose primero para recoger el sobre azul que yo había dejado caer al suelo a causa del sobresalto. Me lo entregó, lo introduje en el bolsillo de mi chaqueta y luego se marchó.

»—Está usted molesto, Petherick —me dijo Simon Clode—. Está predispuesto en contra, como todo el mundo.

»—No es cuestión de prejuicios —repliqué—. Mrs. Spragg puede ser todo lo que ella dice y no vería inconveniente en que le dejara un pequeño legado como recuerdo agradecido. Pero, se lo digo con franqueza, Clode, es una equivocación desheredar a los de su propia sangre por favorecer a una extraña.

»Y dicho esto me volví para marcharme. Había hecho todo lo posible y demostrado mi protesta.

»Mary Clode salió del salón y se reunió conmigo en el recibidor.

»—Tomará el té antes de marcharse, ¿verdad? Pase usted, haga el favor —y me introdujo en el salón.

»En la chimenea ardía un alegre fuego y la estancia resultaba cómoda y acogedora. Me ayudó a quitarme el abrigo, y su hermano, que en ese momento entraba en la habitación, lo tomó de sus manos y lo dejó sobre una silla al otro extremo del salón, y luego vino a sentarse junto al fuego, donde tomamos el té. Durante la comida había surgido una pregunta acerca de un asunto referente a la hacienda, y Simon Clode dijo que no quería que le molestaran con eso y que dejaba que George lo decidiera. George estaba algo inquieto por tener que confiar en su propio juicio y, después del té, pasamos al despacho para que yo echara un vistazo a los papeles en cuestión. Mary Clode nos acompañó.

»Un cuarto de hora más tarde me dispuse a marcharme y, recordando que había dejado mi abrigo en el salón, entré a buscarlo. El único ocupante de la habitación era Mrs. Spragg, que estaba arrodillada junto a la silla donde estaba mi abrigo. Al parecer arreglaba innecesariamente la funda de cretona y, al verme entrar, se levantó con el rostro sonrojado.

»—Esta funda no cae bien —se lamentó. ¡Dios mío! Yo hubiera sabido hacerla mejor.

» Cogí mi abrigo y me lo puse. Al hacerlo, observé que el sobre que contenía el testamento se había salido del bolsillo y estaba en el suelo. Volví a meterlo en el bolsillo y, tras despedirme, me marché.

»Al llegar a mi despacho, les describiré mis siguientes actos con todo cuidado. Me quité el abrigo y saqué el testamento del bolsillo. Lo tenía en la mano cuando entró mi pasante. Alguien quería hablár conmigo por teléfono y la extensión de mi despacho no funcionaba. Por tanto, le acompañé al despacho contiguo y, por espacio de cinco minutos, estuve ocupado hablando por teléfono.

«Cuando terminé, encontré esperándome a mi pasante.

»—Mr. Spragg ha venido a verle, señor. Le he hecho pasar a su despacho.

»Encontré a Mr. Spragg sentado junto a mi mesa. Se puso en pie para saludarme de un modo muy obsequioso, y luego pronunció un largo discurso cuya principal intención parecía ser justificarse a sí mismo y a su esposa. Temía que la gente anduviese diciendo que tal y que cual. Su esposa había sido conocida desde su infancia por la pureza de su corazón y sus motivos eran esto, lo otro y lo de mas allá. Temo que estuve bastante brusco con él. Finalmente debió comprender que su visita no era precisamente un gran éxito y se marchó un tanto intempestivamente. Entonces recordé que había dejado el testamento encima de la mesa. Lo cogí, sellé el sobre, escribí una palabras en él y lo guardé en la caja fuerte.

»Ahora viene el punto crucial de mi historia. Dos meses más tarde falleció Simon Clode. No entraré en profusas consideraciones. Me limitaré ahora a los hechos concretos. Cuando fue abierto el sobre sellado que contenía el testamento, se encontró únicamente una hoja en blanco. Hizo una pausa para contemplar el círculo de rostros interesados. Se sonrió con cierto regocijo.

—¿Se dan cuenta, verdad? Por espacio de dos meses el sobre sellado había permanecido en mi caja fuerte y por tanto nadie pudo tocarlo. No, el cambio tuvo que realizarse en un margen de tiempo muy limitado: entre el momento en que fue firmado el testamento y lo guardé en la caja fuerte. Ahora bien, ¿quién tuvo la oportunidad y quién se beneficiaba con ello?

»Enumeraré los puntos principales en un breve resumen: El testamento fue firmado por Mr. Clode y colocado por mí mismo dentro del sobre. Mi abrigo fue recogido por Mary, quien se lo dio a George, al que no perdí de vista mientras lo colocaba en la silla. Durante el rato que yo permanecí en el despacho, Mrs. Eurydice Spragg hubiera tenido tiempo de sobra para sacar el sobre del bolsillo de mi abrigo, leer su contenido y, a decir verdad, el hecho de encontrar el sobre en el suelo y no en el bolsillo, parecía indicar que así lo hizo. Pero ahora llegamos a un punto curioso: ella tuvo la oportunidad de sustituirlo por una hoja en blanco, pero no motivo. El testamento fue hecho en su favor y, al sustituirlo por una hoja en blanco, se privaba de la herencia que tanto había deseado alcanzar. Lo mismo se aplicaba a Mr. Spragg. El también tuvo la oportunidad. Se quedó solo con el documento en cuestión durante unos dos o tres minutos en mi propio despacho. Pero nuevamente, no hubiera sido en su provecho hacerlo. De modo que nos

enfrentamos con este curioso problema. Las dos personas que tuvieron oportunidad de sustituirlo por un papel en blanco carecen de motivo para hacerlo, y las dos que tenían motivo les faltó la oportunidad. A propósito, no descartaré la criada, Emma Gaunt, como sospechosa. Era muy fiel a su joven amo y a miss Mary, y detestaba a los Spragg. Estoy seguro de que hubiera sido igualmente capaz de sustituirlo de habersele ocurrido. Pero, aunque me lo entregó al recogerlo del suelo, ciertamente no tuvo oportunidad de variar su contenido y no pudo sustituirlo por otro sobre con un hábil manejo (cosa a todas luces imposible), pues el sobre en cuestión lo había traído a la casa yo y no era probable que nadie tuviera otro idéntico.

Miró a todos los reunidos.

—Ahí tienen mi pequeño problema. Espero haberlo expuesto con claridad y me gustaría oír sus opiniones.

Ante el asombro de todos, miss Marple lanzó una risita prolongada. Al parecer algo la divertía extraordinariamente.

—¿Qué ocurre, tía Jane? ¿Podemos saber de qué te ríes? —preguntó Raymond.

—Estaba pensando en el pequeño Tommy Symonds, un muchacho muy travieso, pero algunas veces muy divertido. Es uno de esos niños con cara inocente que siempre andan tramando una diablura u otra. Recordaba que la semana pasada, en la escuela dominical, dijo: «*Maestra, ¿se dice la yema de los huevos es blanca o la yema de los huevos son blancas?*». Y miss Durston explicó que todo el mundo diría «*las yemas de los huevos son blancas o la yema del huevo es blanca*», y el travieso Tommy replicó: «¡Bueno, yo diría que la yema del huevo es amarilla!». Desde luego fue una diablura y más antigua que las montañas. Yo la sabía desde pequeña.

—Muy divertido, querida tía Jane —dijo Raymond en tono amable—, pero sin duda no tiene nada que ver con la interesantísima historia que nos ha contado Mr Petherick.

—Oh, sí que la tiene —replicó la señorita Marple—. ¡Es una triquiñuela! Lo mismo que la historia de Mr. Petherick. ¡Y tan propia de un abogado! ¡Ah, mi querido amigo! —y movió la cabeza con aire reprobador.

—Me pregunto si sabe usted la solución realmente —dijo el abogado guiñándole un ojo.

Miss Marple escribió unas palabras en un pedazo de papel y se lo entregó. Mr Petherick lo desdobló y, al leer lo que había escrito, la miró con admiración.

—Mi querida amiga —le dijo—, ¿es que hay algo que usted no sepa?

—La conozco desde niña —contestó miss Marple—. Y también la usé varias veces.

—Yo me siento desorientado —intervino sir Henry—. Estoy seguro de que Mr. Petherick se ha sacado de la manga algún truco jurídico.

—En absoluto —replicó el aludido—, en absoluto, es un problema perfectamente justo. No deben prestar atención a miss Marple, que tiene un modo muy personal de ver las cosas.

—Deberíamos ser capaces de desentrañar la verdad —dijo Raymond West un tanto molesto—. Los hechos parecen bien sencillos. Cinco personas tocaron ese sobre. Es evidente que los Spragg pudieron efectuar la sustitución, pero es igualmente manifiesto que no lo hicieron. Nos quedan otros tres. Ahora bien, considerando las maravillas que los prestidigitadores realizan para efectuar cualquier escamoteo ante nuestra vista, me parece que el papel pudo ser extraído del sobre por George Clode y sustituido por otro mientras llevaba el abrigo al otro extremo de la habitación para guardarlo.

—Pues yo creo que fue la joven —replicó Joyce—. La criada bajaría a toda prisa a decirle lo que estaba ocurriendo y conseguiría otro sobre azul, que cambió por el otro.

Sir Henry meneó la cabeza.

—No estoy de acuerdo con ninguno de los dos —dijo despacio—. Los prestidigitadores hacen cosas semejantes, pero sólo en las novelas y en el escenario, pero serían imposibles en la vida real, especialmente ante la mirada experta de un hombre como mi amigo Petherick. Pero tengo una idea, es sólo una idea y nada más. Sabemos que el profesor Longman fue a hacerles una visita y que habló muy poco, y es razonable suponer que los Spragg estuvieran ansiosos de conocer el resultado de esta visita. Si Simon Clode no les dijo lo que proyectaba, cosa muy probable, pudieron creer que había enviado a buscar a Mr. Petherick por un motivo muy distinto. Tal vez creyeron que Mr. Clode había hecho ya testamento en beneficio de Eurydice Spragg y que ahora expresaba el deseo de negarle toda participación en él como resultado de las revelaciones del profesor. O cabe la alternativa, como dicen ustedes los abogados, de que Philip Garrod hubiera impresionado a su tío al reclamar los derechos de la propia sangre. En este caso, supongamos que Mrs. Spragg se dispusiera a efectuar la sustitución. La lleva a cabo, pero la entrada de Mr. Petherick en el momento crítico le impide leer el documento auténtico y se apresura a quemarlo por si el abogado descubriera su pérdida.

Joyce meneó la cabeza con mucha determinación.

—No lo hubiera quemado nunca sin leerlo.

—La solución es bastante endeble —admitió sir Henry—. Supongo que Mr Petherick no se encargaría de hacer de... Providencia.

La sugerencia fue hecha en tono festivo, mas el abogado se incorporó con aire ofendido.

—Es un comentario del todo impropio —dijo con cierta aspereza.

—¿Qué dice el doctor Pender? —preguntó sir Henry.

—No puedo decir que tenga ideas claras. Yo creo que la sustitución pudo ser efectuada por Mrs. Spragg o su esposo por el motivo indicado por sir Henry.

Si ella no leyó el testamento hasta después de la marcha de Mr Petherick, debió encontrarse en un dilema, pues no podía rectificar su intervención en el asunto. Posiblemente lo colocaría entre los papeles de Mr. Clode con la esperanza de que fuese encontrado después de su muerte. Pero ignoro por qué no fue encontrado. Pudiera ser que Emma Gaunt lo encontrase y, llevada de su devoción por sus amos, lo destruyera deliberadamente. —Creo que la solución del doctor Pender es la mejor de todas —dijo la joven—. ¿Fue efectivamente así, doctor Petherick?

El abogado negó con la cabeza.

—Continuaré a partir del punto en que lo dejé. Yo estaba tan perplejo y despistado como todos ustedes, y no creo que hubiese adivinado nunca la verdad, probablemente no lo habría hecho, pero me la hicieron ver y de un modo muy inteligente.

»Cosa de un mes más tarde fui a cenar con Philip Garrod y, en el transcurso de nuestra sobremesa, él mencionó un caso muy interesante que acababa de llegar a su conocimiento.

»—Me gustaría contárselo, Petherick, de un modo confidencial, por supuesto —me dijo.

»—Desde luego —repliqué.

»—Un amigo mío que esperaba heredar de uno de sus parientes sufrió una gran decepción al descubrir que su deudo tenía intención de beneficiar a una persona totalmente inmerecedora de ello. Mi amigo, según me temo, no es muy escrupuloso en sus métodos y en la casa había una doncella fiel a los intereses de la que llamaremos parte legítima. Mi amigo le dio unas instrucciones bien sencillas: le entregó una pluma estilográfica debidamente cargada, que debía colocar en un cajón de su escritorio, pero no en el que acostumbraba a guardarla. Si su amo le pedía que atestiguara su firma de cualquier documento y le pedía que le trajera la pluma, ella no debía entregarle la suya sino aquella, que era un duplicado exacto. Eso era todo lo que tenía que hacer y no le dio más detalles. Era una doncella fiel y cumplió sus instrucciones al pie de la letra.

»Se interrumpió para decirme:

»—Espero no estarle cansando con mi prolijidad, Petherick.

»—En absoluto —repliqué—. Me interesa muchísimo.

»Nuestros ojos se encontraron.

»—Desde luego, mi amigo le es completamente desconocido —dijo.

»—Completamente —le contesté.

»—Entonces, magnífico —replicó entusiasmado Philip Garrod. Hizo una pausa y sonrió—. ¿Comprenden ahora? La pluma estaba cargada con lo que vulgarmente llamamos tinta invisible, una solución de almidón y agua a la que se han añadido

unas gotas de yodo. Produce un líquido azul oscuro, pero la escritura desaparece por completo a los cuatro o cinco días.

Miss Marple se rió por lo bajo.

—Tinta invisible—dijo—, la conozco. Muchas veces he jugado con ella siendo niña. Y les miró a todos con el rostro resplandeciente, deteniéndose para amenazar con el dedo a Mr. Petherick una vez más.

—Pero de todas formas es una triquiñuela, Mr Petherick —le dijo—, muy propia de un abogado.

Acerca de la Autora

Agatha Christie



Agatha Christie escribió decenas de novelas de misterio, además de piezas de teatro y guiones para cine. Aunque fue rechazada por los primeros editores a los que llevó su material, persistió en su vocación adoptando cada circunstancia de su vida como fuente de inspiración para armar una ficción. Así, su viaje a Egipto nutrió las célebres historias contadas en *Muerte en el Nilo* y en *La venganza de Nofret*; el trabajo de enfermera responsable de toxicología que tomó durante ambas guerras mundiales le proporcionó elementos para urdir fatales envenenamientos, y su segundo matrimonio, con un exitoso arqueólogo, la hizo ejercitar, aún más, la práctica de construir grandes historias a partir de pocos indicios.

Finalmente, resultó causante de un verdadero fenómeno editorial. Sus misterios -desentrañados por encantadores personajes como Poirot o Miss Marple, cuyo ingenio pasaba desapercibido para el común de los mortales- la convirtieron por los años '50 en la autora más vendida en el mundo.

Sus novelas más conocidas y a las que mayor mérito se les reconoce son *Muerte en las nubes*, *Asesinato en el Orient Express*, *El asesinato de Roger Ackroyd*, *El testigo mudo*, *Asesinato en Bardsley Mews*, *Poirot en Egipto (Muerte en el Nilo)*, *Diez Negritos*, *El pudding de Navidad* y *Testigo de cargo*.